

1910 Y AMERICA LATINA

AMAUTA, MARIÁTEGUI Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA¹

Juan Ignacio Garrido*
garridojuan1984@gmail.com

I

El quiebre, proporcionado fundamentalmente a través de lo que Marx denominó, en *La Ideología Alemana*, una "crítica a todo lo existente", ganó la demarcación del terreno de la emancipación, señaló sus alteridades constitutivas, su necesaria radicalidad; pero quedó por delante imaginar los rostros y figuras de la emancipación misma. Allí, al interior de esa tarea pendiente, es posible referirse a la intervención que la revista *Amauta* -a través de su director José Carlos Mariátegui- provocó en la tradición marxista y en las tradiciones libertarias latinoamericanas².

Nos interesa repensar la acción política colectiva y las distintas figuras que ésta adquiere en un proceso de liberación, en particular a partir de la reflexión

¹ Este artículo fue publicado en Junio de 2015 por la revista *Estudios. Filosofía Práctica e Historia de las ideas*, Año 16, Vol. 17, Núm. 1 (Mendoza-Argentina). ISSN 1515-7180. ISSN en línea 1851-9490. Disponible en: www.estudiosdefilosofia.com.ar

* Lic. en Filosofía. Doctorando en Filosofía –Instituto de Humanidades – UNC – CONICET.

²La revista *Amauta* constituye una la de las mayores experiencias editoriales de vanguardia del siglo XX en América Latina. Con la particularidad de constituir más que una revista, a través de ella, un proyecto político y social, una praxis colectiva. Uno de cuyos pilares principales fue, como sostiene Fernanda Beigel –intérprete fundamental de la obra mariáteguiana- "la creación de una cultura alternativa a la oficial", un Perú Nuevo a través de la apertura de un espacio de debate capaz de canalizar la diversidad y fragmentación de las expresiones artísticas y políticas del momento y "materializar su encuentro en una polémica tendiente a generar un programa socialista" (Beigel, F. (2003) *El itinerario y la brújula*, Biblos, Bs As, p. 56). Es imposible en esta nota al pie, enumerar a sus colaboradores desde su primer número en febrero de 1926 hasta sus últimos tres números, con Mariátegui sin vida en el año 1930, porque los colaboradores era de diferentes países de América Latina, Estados Unidos y Europa, además del núcleo duro del propio Perú. Su distribución, en papel periódico para algunos millares de personas y en edición especial para aproximadamente cien personas, fue realmente importante, llegó a diversos países del mundo a través de una gran red editorial y accedió a la mayoría de los rincones del interior de su país. Para un mayor detalle de *Amauta* ver especialmente el estudio de Beigel, F. (2006) *La epopeya de una generación y una revista. Las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina*, Biblos, Bs. As.

que *Amauta* y Mariátegui realizan sobre la Revolución Mexicana, en base a dos ejes: las expresiones históricas del poder y hegemonía política. Respecto al primero, creemos necesario dar cuenta de la importancia que la Revolución Mexicana tuvo como mito propiciatorio en América Latina y la relevancia que adquirió tanto para el proyecto editorial de Mariátegui, como para la cultura de las organizaciones que se gestaban en la tempestuosa década del veinte.

En *Historia de la Nación Latinoamericana*, su autor, Abelardo Ramos, afirma que "México muestra un nuevo camino: las victorias y derrotas de su revolución se convierten en la principal fuente de enseñanzas para la generación que en América Latina entra a la lucha alrededor de 1920"³, una década de cambios, protestas e impugnaciones en toda la región, con matices de acuerdo con la situación nacional, pero ligadas a un mismo diagnóstico: a nivel internacional, el agotamiento del liberalismo, que se advertía por la crisis coyuntural de la primera posguerra, y a nivel latinoamericano, la búsqueda de la disolución del Estado oligárquico. La crisis, del liberalismo en general y de la dominación oligárquica en particular, creó condiciones que hicieron posible en el continente la articulación de las masas bajo nuevos signos ideológicos. Además, la creciente gravitación de Estados Unidos sobre la región se tradujo en una nueva hegemonía imperialista, tanto a nivel económico como en el político, social y cultural. Como contrapartida, a lo largo de los años veinte, se articuló un antiimperialismo que tuvo expresiones diversas en grupos de intelectuales, movimientos sociales y partidos, y una expresión singular en *Amauta*⁴.

Mariátegui sigue atentamente los pasos de la revolución en territorio azteca y observa la experiencia de quienes emprendieron la lucha contra el capital, más allá de las reglas, tiempos y espacios que la razón moderna (y el marxismo dentro de ella) habían delimitado para el curso de la historia. La Revolución Mexicana demostraba y abría la posibilidad -de allí su condición de mito propiciatorio- de comprender la lucha contra la explotación como una hazaña

³Ramos, J. A. (2006) *Historia de la Nación Latinoamericana*, Senado de la Nación, Bs. As, pág. 332.

⁴Ansaldi, W. y Giordano, V. (2012) *América Latina, la construcción del orden*, Ariel, Bs. As., Tomo II.

colectiva, que pone a la voluntad política en el centro de la escena y toma sus fuerzas de la potencia creadora de las clases subalternas de nuestro continente. En México, antes que en Rusia, se advertía que no era necesaria la "maduración" de las condiciones económicas capitalistas para la gestación de las condiciones políticas que desataran la lucha de clases.

*

Asimismo, la interpretación de la Revolución Mexicana por la revista *Amauta*, exige abordar nuestro segundo eje: hegemonía política. Porque las dificultades históricas que atraviesan los procesos revolucionarios, allí donde se juega su consolidación como un nuevo orden hegemónico, constituyen un capítulo muchas veces eludido por el marxismo. Como advierte José Aricó, el marxismo ha pecado por un enorme retraso en el desarrollo de un pensamiento estratégico en lo que respecta, por un lado, al proceso de transformación de la sociedad -"el significado de este proceso de tránsito, su posibilidad, sus mediaciones, no se explicitan, es decir, no hay una teoría de la conquista del poder"⁵- y, por el otro, a la concepción sobre el contenido y las formas que asumen las sociedades socialistas.

Mariátegui operaba bajo la claridad de que para una transformación radical de las sociedades contemporáneas no basta la decadencia o agotamiento del capitalismo y que, al mismo tiempo, el socialismo no podía ser la consecuencia automática de una bancarrota; sino que tenía que ser el resultado de un tenaz y esforzado trabajo de ascensión. En palabras que resuenan en nuestros contemporáneos: la revolución tiene que ser el resultado de ajustadas prácticas constituyentes de las masas y de una reflexión sobre la conquista y el ejercicio del poder cuya comprensión y complejidad no podemos soslayar. El atento seguimiento, que entre 1926 y 1930 realizan *Amauta* y su director de la Revolución Mexicana, constituye un documento inédito de la problemática,

⁵Aricó, J. (1979) Gramsci y la teoría política, UAM, México D.F., pág. 34.

donde se puede reconstruir una gran polémica sobre el contenido y las formas que asumen o deben asumir las sociedades socialistas en territorio azteca⁶.

*

María Pia López, ensayista argentina, que en diversos escritos exploró el corazón vitalista de aquella experiencia editorial y de su fundador, sugiere que hay un interrogante que atraviesa y sostiene los distintos números de la revista, desde su primer editorial:

Lo que hace de *Amauta* un caso excepcional es que todos sus esfuerzos sean incorporados en una voluntad común, creando mediante la fusión lo que Fernanda Beigel ha señalado como una "instancia nueva, que no puede identificarse ni con la vanguardia política ni con la vanguardia estética". Es decir, que no den lugar a una revista indigenista, a una marxista o a una vanguardista, sino a una publicación en la que se hilan esas cuestiones. Insisto: colocándolas bajo una luz peculiar, la que tiñe el horizonte de la revista, su director y su época, la luz de la pregunta por la revolución. Y vuelvo a insistir: eso no significa que las obras sean sujetas a un único criterio de valoraciones, sino que son tensadas alrededor de la pregunta por sus vínculos con las fuerzas capaces de crear futuro.⁷

La dura realidad nacional, continental y mundial de la década del veinte, no indicaba nada que pudiera ser analizado con un optimismo ingenuo y panglosiano como marcaba la oficialidad comunista, señalando al hecho

⁶Un índice pormenorizado de los artículos que *Amauta* le dedica a México y su Revolución puede encontrarse en: Falcón, J. (1980) *Mariátegui y la revolución mexicana y el estado "anti"-imperialista*, Empresa Editora Amauta, Lima. Después de realizar una lectura de cada uno de los artículos señalados en el índice, realizamos una selección de aquellos que ocupaban un lugar central dentro de nuestra problemática a lo largo de todo el periodo que duró *Amauta*; además de seleccionar algunas Editoriales que consideramos claves para comprender las lecturas de la Revolución Mexicana sobre la mirada integral de la revista. Para la selección, fue de suma importancia la lectura de la Tesis Doctoral de Padilla Moreno, R. (2008) *México y su revolución en la Revista Amauta, 1926-1930*. Disponible en: <http://cybertesis.unmsm.edu.pe/handle/cybertesis/1364>.

⁷López, M. P. (2005) "Esquema para una valoración de Amauta: gravitación, criba y enlace" Colección Continente Crítico, Crónica General de América Latina, Bs. As., pág. 47.

revolucionario como un hecho irreversible, que se consumaría –por necesidad histórica- tarde o temprano. Ni mucho menos la realidad podía analizarse con un cuerpo teórico hermético como el que sostenía el positivismo hegemónico de la época. Sin embargo, el momento histórico no revelaba nada tampoco que impidiera a *Amauta* preguntarse por las fuerzas capaces de crear futuro, de dilatar el horizonte de lo posible, y comprender desde allí el carácter abierto a todos los esfuerzos que describe María Pia López.

II

Mariátegui, desde su “rincón rojo” en su casa limeña de la calle Washington Izquierda, sacaba cuentas:

Un pueblo de cuatro millones de habitantes, consciente de su número, no desespera nunca de su porvenir. Los mismos cuatro millones de hombres, mientras no sean sino una masa inorgánica, una muchedumbre dispersa, son incapaces de decidir su rumbo histórico.⁸

En el territorio peruano el resultado de estas cuentas trazaba una cruda cartografía de la realidad, un país escindido, sin proyecto de nación, similar a lo que describía Gramsci cuando hablaba de los italianos como un “pueblo disperso y pulverizado” en el que había que suscitar y organizar una voluntad colectiva. Mariátegui, bajo la misma inquietud, indaga el lenguaje en que se suscita una voluntad colectiva, practica una vieja mecánica para reconocer los motores de la acción social y rastrea -entre los más variados rincones de la cultura y la política- aquello que le permita soldar esa muchedumbre dispersa, volverla orgánica y lograr su principal preocupación: que el pueblo peruano decida su rumbo histórico.

⁸Mariátegui, J. C. (1994 [1928]) “7 ensayos de interpretación de la realidad peruana” Mariátegui Total, Amauta, Lima, Tomo I, pág. 23.

Del núcleo más duro de aquél diagnóstico, que no sólo se refería a Perú sino que se podía extender a todo el continente, surgía la consigna más conocida de la primera editorial de su revista: "*Amauta* no tiene necesidad de un programa; tiene necesidad tan solo de un destino"⁹. Un destino que ponga en jaque el "ocaso de las revoluciones" que pregonaba Ortega y Gasset por los distintos auditorios de América Latina. Un destino que resurja tras los escombros de la Primera Guerra Mundial, mientras Occidente atravesaba una de sus mayores crisis y la civilización burguesa entraba en un periodo de decadencia. Un destino que revitalice la crítica al capitalismo, que el marxismo había llevado a una de sus máximas expresiones en el periodo abierto por la Revolución Rusa, pero que por fuera de ella, no había sino reproducido una derrota por toda Europa. Un destino para una nación inconclusa y fragmentada, con una clase obrera no desarrollada y una gran mayoría de campesinado indígena sumido en la pobreza extrema. Un destino para crear un Perú nuevo dentro de un mundo nuevo.

Entre otras fuentes, del ingeniero francés Georges Sorel se cobija la idea primigenia del destino con el que se presentaba el primer número de *Amauta*. Así se expresaba Sorel: "puede hablarse indefinidamente acerca de rebeliones sin provocar nunca el menor movimiento revolucionario, mientras no haya mitos aceptados por las masas"¹⁰. El mito para Sorel es una organización de imágenes capaces de provocar una ruptura en el orden de lo "real", inaugurar otro tiempo, romper el entumecimiento conservador, inaugurar la batalla por la vida. El mito soreliano es una fuerza motriz que cumple la función de agrupar las energías creativas de los hombres e inspirar la acción, algo que el marxismo, basado sólo en una doctrina exclusivamente expuesta en palabras, no lograba producir y convertía así a la revolución en una consigna estéril. La misma idea que Mariátegui venía esbozando años atrás –allá por 1925- en su ensayo fundamental, *El hombre y el mito*, donde escribía: "los pueblos capaces

⁹ Mariátegui, J. C. (1926) "Editorial" *Amauta*, Año I, N° 1, Empresa Editora Amauta, Lima, pág. 13. Facsímil [1976]

¹⁰ *Ibidem*, pág. 90.

de la victoria fueron los pueblos capaces de un mito multitudinario"¹¹. Y no dejemos de resaltar el carácter multitudinario, porque sin la participación de las grandes multitudes no hay mito, ni revolución posible.

La decadencia, el desencantamiento del mundo, y la crisis del liberalismo, que a principios del siglo XX venían de la mano, exigen, para Mariátegui, un combustible mítico que provoque la conformación de una subjetividad política revolucionaria y logre la transformación de la realidad, que no son sino dos elementos de un mismo proceso histórico. La revista *Amauta* sale en busca de este combustible fundamental, y lo encuentra, allí, atropellando la historia positivista en las calles: la Revolución Rusa, la Reforma Universitaria en Argentina y, la que más nos interesa desentrañar aquí, la Revolución Mexicana¹². Si bien la Revolución Rusa aparece, en los años veinte, como el mito activo y afirmativo por excelencia, "el acontecimiento dominante del socialismo contemporáneo"¹³, Mariátegui advierte de diversas formas que, a pesar de las grandes semejanzas entre ambos países, Rusia y Perú, aquello que provocó un sismo en la estepa rusa no puede ser traducido a toda realidad nacional de nuestro continente.

Hay un paradigma epistemológico y político que se sostiene a lo largo de toda la obra política e intelectual de Mariátegui: *ni calco, ni copia, creación heroica*. Y José Aricó saca una conclusión precisa sobre este paradigma para el marxismo latinoamericano: "la universalidad del marxismo no residiría en su "aplicabilidad", sino en su capacidad de emerger como expresión "propia" de la

¹¹Mariátegui, J. C. (1994 [1950]) "El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy" Mariátegui Total, Amauta, Lima, Tomo I, pág. 498.

¹²Es necesario aclarar que estos tres sucesos, si bien son vertebrales de la constitución del pensamiento mariáteguiano, de ningún modo componen una fuente única de las fuerzas que lo inspiran. Dentro de lo que queda afuera, está la necesaria reflexión sobre el lugar que ocupan las culturas andinas en la constitución del mito de la nación peruana y de la revolución socialista. Para una profunda genealogía de la influencia de la utopía andina en el mito mariáteguiano remitimos a Flores Galindo, A. (1994) Buscando a un Inca. Identidad y utopía en los Andes, Horizonte, Lima.

¹³Mariátegui, J. C. (1994 [1959]) "Defensa del Marxismo" Mariátegui Total, Amauta, Lima, Tomo I, pág.1292

totalidad de la vida de una sociedad determinada.”¹⁴ En ese sentido, con la experiencia de México como faro, la revolución y la doctrina marxista fueron vistas por los fundadores de *Amauta*, más en términos de caminos nacionales a recorrer que de modelos a aplicar.

*

Mariátegui señala explícitamente que la revolución del país azteca cobra una gravitación especial como mito propiciatorio, desde y para América Latina, porque permite reconstruir un sentido de emancipación y establece un núcleo compartido de certidumbre desde el cual proyectar un destino político:

México tiene la clave del porvenir de la América India. Por esta posesión, el pueblo azteca ha pagado, sin sicatería ni parsimonia, el tributo de su sangre. (...) En México se exaltan y se agrandan prodigiosamente las posibilidades creadoras de nuestra América¹⁵.

Insistimos, la Revolución Mexicana –comparable en esto a la influencia que la Revolución Cubana provoca en la segunda mitad del siglo XX- surge como mito propiciatorio. La imagen del campesinado mestizo en armas, provoca una ruptura en el orden de lo “real” de toda la América India y revela potencialidades hasta entonces invisibles de su pasado y presente; 3 millones de peones rurales frente a 840 grandes hacendados provoca contradicciones impostergables, cuyo estallido abrirá para las grandes mayorías mexicanas una heroica batalla por la vida y por la tierra, que coincidirán existencialmente en cada lucha del continente, como expresará Mariátegui en sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*.

La revolución en México iniciada como una lucha democrática contra la dictadura de Porfirio Díaz, bajo la “bandera contingente” del antireeleccionismo,

¹⁴Aricó, J. (1980) Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano, Cuadernos de Pasado y Presente, México D. F., pág. XXII.

¹⁵Mariátegui, J. C. (1994 [1959]) “Temas de Nuestra América” Mariátegui Total, Amauta, Lima, Tomo I, pág. 451

se transformó en la revolución agraria más importante de la historia latinoamericana, que puso en jaque el régimen feudal, y a través de la Reforma Constitucional de Querétaro de 1917 declaró, principalmente, la nacionalización de la propiedad de la tierra y el reconocimiento de los derechos del trabajo. Cuando Mariátegui afirma que "México tiene la clave del porvenir de la América India", no está lanzando una consigna retórica, la Reforma Constitucional de Querétaro de 1917 está en la base de su concepción materialista, de allí surgen puntos esenciales de sus ensayos *El problema del indio* y *El problema de la tierra*. Allí afirmará entre otras cosas, que la política liberal del *laissez faire*, dio frutos amargos en Perú, y que debe ser remplazada por una política social de nacionalización de las grandes fuentes de riqueza, e indicará también que no se contentan con reivindicar el derecho del indio a la educación, a la cultura, al progreso, al amor y al cielo. Comienzan por reivindicar, categóricamente, su derecho a la tierra.

*

Gerardo Murillo pintor y escritor mexicano que introdujo y organizó el muralismo revolucionario del que participarían Orozco, Siqueiros y Rivera, arrima a *Amauta* una de las primeras impresiones del sacudimiento azteca que publicaría la revista:

Ella fue el primer relámpago de la gran tormenta internacional que indicaba una desorganización mundial, México apareció ante la crítica de las naciones del Antiguo y del Nuevo Continente como un extraño fenómeno social, y fue, durante varios años, al mismo tiempo, el vituperio y la admiración del mundo.¹⁶

¹⁶Murillo, G. (1926) "Cinematoteca Mexicana" Amauta, Año I, N° 3, Empresa Editora Amauta, Lima, pág. 27. Facsímil [1976]

Tempestades de acero asolarían Europa en 1914, pero años antes la gran tormenta internacional se fue armando en diversas e inesperadas coordenadas del mundo. Y si bien en muchas reconstrucciones teóricas, incluidas las del marxismo, la coordenada mexicana fue eclipsada por la Revolución Rusa u omitida deliberadamente, sólo basta observar que la revista *Amauta*, le dedicó a México y su Revolución, un espacio en veintiséis de sus treinta y dos números, donde publicó sobre sus figuras políticas, sus problemáticas sociales, sus obras literarias, sus artes plásticas y donde albergó una pasión singular por figuras como Diego Rivera, José Vasconcellos y Mariano Azuela. Ya en su primer número el escritor peruano, Ramiro Pérez Reinoso, expresa su apoyo y entusiasmo por la Revolución Mexicana y remarca la potencia de su irradiación mítica: "América admiró y admira el hermoso espectáculo de la patria azteca, cuya nueva mañana se hace ejemplo de realidades fecundas"¹⁷. Pero Ramiro Pérez Reinoso y toda *Amauta* no sólo realizan una reivindicación de las fuerzas desplegadas en México, sino que se introducen en el barro de sus contradicciones principales, como significó el conflicto "religioso" que suscitó la constitución de 1917. Detengámonos en éste por un momento.

El primer marxista latinoamericano, como suele reseñarse a Mariátegui, dejó sentada su posición frente al conflicto "religioso", que es reveladora por un lado, del peculiar marxismo que iba a sostener en su vida y por otro, permite observar la valoración de la cultura popular como soporte de una política libertaria. Porque aun cuando los soviets pegaran afiches en Rusia con la consigna "la religión es el opio de los pueblos" -que escribiera para siempre Marx en la *Introducción para la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*- Mariátegui sostenía:

El Estado mexicano, pretende ser, por el momento, un estado neutro laico. Yo, por mi parte, he insistido demasiado respecto a la decadencia del Estado liberal y al fracaso de su agnosticismo para que se me crea entusiasta de una política meramente laicista. Cuando el proceso de la

¹⁷Perez Reinoso, R. (1926) "La iglesia contra el estado en México" *Amauta*, Año I, N° 1, Lima, pág. 27. Facsímil [1976]

Revolución se haya cumplido plenamente, el Estado mexicano no se llamará neutral y laico sino socialista. Y entonces no será posible considerarlo anti-religioso. Pues el socialismo es, también, una religión, una mística. Y esta gran palabra religión, que seguirá gravitando en la historia humana con la misma fuerza de siempre, no debe ser confundida con la palabra Iglesia.¹⁸

No es menor la complejidad que adquiere la discusión, Mariátegui retoma dos elementos centrales de la contra-ilustración, la religión y el mito, y nos advierte que no pueden ser cooptados por la Iglesia, que deben ser reevaluados como fuerzas gravitacionales de la historia humana a favor de una revolución social, deben ser recuperados como aquellas narraciones tan indispensables para proyectar la esperanza en medio de la desolación, porque los imaginarios sociales no cumplen sólo un rol ideológico conservador como se predicó bajo un duro prejuicio iluminista, y el escenario de México lo advertía.

*

Carlos Astrada, filósofo argentino, que compartió no pocas preocupaciones de la época con Mariátegui y tiró sobre la mesa del continente una réplica rioplatense del mito inca peruano, el mito gaucho argentino, decía que para un pueblo, toda posibilidad de grandeza surge de un impulso inicial, de la tensión de un esfuerzo heroico, de una promoción humana ejemplar que infunde un día aliento de eternidad en una creación colectiva, y vuelca en el molde del tiempo un programa de vida, una plenitud anímica, en definitiva, un mito¹⁹. Para Astrada, los hombres de la revolución de mayo argentina representaron aquel impulso inicial, cuyo programa de vida, iba a reaparecer en pleno siglo XX con la experiencia histórica del primer peronismo. Para Mariátegui, de la misma

¹⁸Mariátegui, J. C. (1994 [1959]) pág. 426

¹⁹Astrada, C. (2006) El mito gaucho, FNA, Buenos Aires.

manera, en territorio azteca volvía a encenderse el mito emancipatorio que la guerra de la independencia había desplegado por todo el continente:

Esta comunicación [la de la Revolución Mexicana] recuerda la que se concertó a la generación de la independencia. Ahora como entonces, la emoción revolucionaria da unidad a la América indo-española. Con la Revolución Mexicana, con su suerte, con su ideario, con sus hombres, se sienten solidarios todos los hombres nuevos de América.²⁰

Es la emoción revolucionaria la clave de la unidad, el mito es contagioso, por eso su peligrosidad. Pero lo cierto, es que esta comunicación de la que habla Mariátegui, la propagación de la intensidad revolucionaria, no se realizaba por canales trascendentales, sino a través de hombres, mujeres, organizaciones que trabajaban cotidianamente por quebrar una larga historia de dominación. Uno de los principales promotores de esta "comunicación" fue Vasconcelos, quien, pese a las disidencias políticas e intelectuales que lo enfrentaron con distintos sectores de la revolución (algunas de las cuales iba a remarcar el propio Mariátegui), en su primera etapa, cumplió un papel diplomático que lo instaló como embajador cultural de la revolución. *Amauta* reproduciendo sus intervenciones en los distintos auditorios del continente europeo y americano, acompañaba el respaldo político que Vasconcelos buscaba para su país, evitando su aislamiento y propagando su experiencia nacional:

Mi voz tendrá que esforzarse y mi ánimo habrá de ensancharse, para recoger impresiones, para comunicaros un esbozo de lo que son, lo que hacen y lo que piensan ochenta millones de almas. Almas, todavía en formación y que se empeñan en llenar y en integrar todo un continente y un continente que es la esperanza y la ilusión postrera de todas las razas de la tierra. Si amáis la fortuna un tanto incierta, preñada quizás de

²⁰Mariátegui, J. C. (1994 [1959]) pág. 415

riesgos, pero rica de maravillosas perspectivas, id a México. Ninguna otra zona del mundo merece con más propiedad el título de país del futuro.²¹

Rescatamos dos elementos centrales de la época que se expresan en la disertación del autor de *La Raza Cósmica*, uno -que venimos desarrollando- el de la esperanza que abría la experiencia mexicana como país del futuro, el de su capacidad, como mito, de inspirar la acción; y el otro -con el que queremos analizar el segundo de los ejes propuestos para completar este escrito- la idea de que el país está preñado de riesgos, sin que esto signifique la declinación de las fuerzas y la parálisis del miedo, sino por el contrario, la consumación, expresaría Mariátegui, de una idea que se adueña con facilidad de los espíritus en esta edad revolucionaria: "vivir peligrosamente". Y agregamos nosotros, un elemento más sobre este último, la dificultad de gobernar en ese instante de peligro.

III

Lo que pone en evidencia la lectura de los distintos artículos sobre la Revolución Mexicana en *Amauta*, es la relevancia que cobra no sólo el levantamiento armado y la fundación de un nuevo Estado sino también, la gran problemática de la continuidad del poder popular, la permanencia de la revolución, el interrogante de cómo volver el acontecimiento del mito en duración. Problemática crucial –no podemos dejar de señalarlo- que vive hoy gran parte de nuestro continente. Como asevera otra editorial clave en la historia de *Amauta*, en su revista número 17 publicada en septiembre de 1928:

La historia es duración. No vale el grito aislado, por muy largo que sea su eco; vale la predica constante, continua, persistente. No vale la idea perfecta, absoluta, abstracta, indiferente a los hechos, a la realidad

²¹Vasconcelos, J (1926) "El nacionalismo en la América Latina" *Amauta*, Año I, N° 4, Lima, pág. 14. Facsímil [1976]

cambiante y móvil; vale la idea germinal, concreta, dialéctica, operante, rica en potencia y capaz de movimiento.²²

Para un pensamiento que se desvive por trastocar las estructuras de dominación y se sostiene sobre la búsqueda del cambio, resulta paradójico detenerse sobre la duración de la historia, más aún, sobre la que se pretende ser protagonista. La generación que se organizó a la par de la experiencia editorial de *Amauta*, no deseó sólo estremecer sino edificar una sociedad y además, edificar, no sobre la idea de la perpetuación de un orden sino sobre la necesidad de ordenar un cambio. Así lo expresaba en *Amauta* Gerardo Murillo:

El país está como un enfermo convaleciente después de una grave enfermedad, debilitado pero ansioso de vida. He recorrido las comarcas de México y en todas partes he encontrado un ardiente deseo de renovación. Cada mexicano es ahora un factor de violencia constructiva, como lo fue anteriormente de violencia destructora. Lo indispensable para que el fenómeno se produzca, es organizar la voluntad.²³

Es recurrente la imagen de México como un país atravesado por una crisis, comprendida hacia su interior como un riesgo y, al mismo tiempo, como una oportunidad de redención. La tarea para dirimir la crisis en favor de los más humildes se repite, organizar la voluntad. En particular la lectura de los artículos periodísticos que Mariátegui publica en *Variedades*, *Mundial* y *Amauta* transmiten -de menor a mayor medida- la amenaza que sufre la prosecución de una política revolucionaria en aquel país y la relevancia que tiene el análisis de la etapa que transcurre para todos los países de Nuestra América: "La Revolución afronta su más grave prueba. Y México es hoy, más que nunca, el campo de una experiencia revolucionaria."²⁴

²²Mariátegui, J C (1928) "Aniversario y Balance" *Amauta*, Año III, N° 17, Lima, pág. 1. Facsímil [1976]

²³Ob. Cit. Murillo, G. (1926), pág. 29

²⁴Mariátegui, J. C. (1994 [1959]) pág. 432.

La radicalización de la Revolución Mexicana no fue creciendo de manera sostenida, por un lado, atravesó grandes etapas de institucionalización, como en los periodos de Calles y Obregón, que han sido leídos –entre ellos por Mariátegui- como complejos procesos donde la historia de México pendulaba entre una “revolución popular” y una “revolución pasiva”²⁵. Y por otro lado, la política mexicana dio giros directamente reaccionarios, como el provocado bajo las presidencias de Portes Gil, Ortiz Rubio y Rodríguez entre 1928 y 1934.

Por la complejidad de la realidad histórica de México, los flujos y reflujos de su revolución, y también, aunque en menor medida, por los giros estratégicos de la Internacional Comunista, *Amauta* pasa de una primera etapa de un fuerte apoyo a la Revolución Mexicana y al gobierno de Obregón, a un progresivo análisis crítico de lo que entendía como un freno del proceso político más radicalizado y de la represión de los sectores comunistas de la Revolución²⁶. Uno de los pasajes periodísticos donde ya se evidencia una crisis hegemónica

²⁵José Arico en su libro *La cola del diablo* cita a Enrique Montalvo para afirmar que “No puede negarse que la Revolución Mexicana es, durante su primera etapa, una revolución jacobina, en la que participan con demandas radicales amplias masas sociales. Por otra parte también es, en buena medida, una revolución pasiva o desde arriba, cuando las élites dirigentes se apropian de ella y sustituyen las modificaciones radicales por las reformas. De esta manera liquidan a los reductos radicales que permanecieron activos después de finalizar el movimiento armado”. (Aricó, J. (1988) *La cola del Diablo*, Puntosur, Bs. As., pág. 104)

²⁶Una pequeña síntesis de los avatares de la Revolución y sus lecturas desde *Amauta*: “efectivamente, desde septiembre de 1926 hasta enero de 1929, a lo largo de 20 números de la revista, los diferentes autores presentan la Revolución con profundo optimismo, se destaca lo positivo, el triunfo de los campesinos y obreros de México bajo la dirección de sus líderes y los desafíos que provocan los enemigos de la Revolución. No hay una sombra de crítica y se percibe la Revolución casi con un fervor religioso. Desde mayo de 1929 a mayo de 1930, de los números 23 a 30, sus autores son: Ravines –en *Amauta* aparece siempre como Rabines– (peruano, “comunista”, periodista), Bustamante, Pavletich (peruano, socialista), Modotti (italiana, comunista, fotógrafa) y circulares y manifiestos que denuncian la persecución de los comunistas en México a manos de los órganos represores del gobierno mexicano. Rabines y Pavletich presentan amplios ensayos en donde hacen un concienzudo análisis que explica la imposibilidad de que la Revolución mexicana pueda llegar a ser una revolución socialista. A pesar de la complejidad ideológica del gobierno revolucionario, estos autores presentan una visión objetiva, cruda, crítica de lo que México está viviendo. Portes Gil está en el poder y la derechización de la Revolución es cada vez más evidente y brutal. Los demás comunicados que aparecen durante el último año de *Amauta* son alarmantes y hablan de cómo se va cayendo el sueño mexicano, en cuanto que cada vez más se aleja de su, en otro momento, marcada tendencia popular. Ni Mariátegui, ni *Amauta* alcanzaron a vivir para ver que la Revolución Mexicana todavía daría un último y temporal viraje hacia la izquierda con el presidente Lázaro Cárdenas.”(Padilla Moreno, R. (2008), pág. 24)

de la Revolución Mexicana y comienzan a aparecer los informes críticos de Mariátegui, tienen fecha en marzo de 1929, cuando se cumplía un año del asesinato del General Obregón²⁷. Mariátegui escribe:

Probablemente Obregón habría logrado mantener la difícil unidad, bastante minada ya, del frente revolucionario, durante su mandato presidencial. Asesinado por la bala de un fanático, quedó abierta otra vez, con la sucesión presidencial, la etapa de las revueltas armadas. El frente revolucionario —alianza variopinta—, conglomerado heterogéneo, dentro del cual el crecimiento de un capitalismo brioso, agudizando el contraste de los diversos intereses sociales y políticos, rompía un equilibrio y una unidad contingentes, creados por la lucha contra la feudalidad y el porfirismo entró en una crisis que preparaba un cisma más extenso que los anteriores.²⁸

Mariátegui utiliza distintas metáforas, “alianza variopinta”, “conglomerado heterogéneo”, “equilibrio y unidad contingentes” para una misma dificultad histórica: la construcción de una nueva hegemonía. Pocos meses después de este artículo, convencido de la declinación de las fuerzas revolucionarias, Mariátegui terminará escribiendo en el número 24 de *Amauta* un escrito determinante: *El thermidor mexicano*, cuyo título —recordando la caída del jacobinismo en la Revolución Francesa y el nuevo gobierno de los republicanos

²⁷No es menor detenerse en el aniversario de la muerte de Obregón, porque un año antes, frente a su asesinato, diecisiete días después de su elección como Presidente de México, Mariátegui hacía su semblanza. Señalaba que su éxito no se debía a sólo a su virtud como caudillo sino a que Obregón robusteció el Estado surgido de la Revolución, precisando y asegurando su solidaridad con las más extensas y activas capas sociales, asegurando una hegemonía política: “el Estado, con su gobierno, se proclamó y sintió órgano del pueblo, de modo que su suerte y su gestión dejaban de depender, del prestigio personal de un caudillo, para vincularse estrechamente con los intereses y sentimientos de las masas. La estabilidad de su gobierno descansó en una amplia base popular. Obregón no gobernaba a nombre de un partido, sino de una concentración revolucionaria, cuyas diversas reivindicaciones constituían un programa. Pero esta aptitud para unificar y disciplinar las fuerzas revolucionarias, acusaba precisamente sus cualidades de líder, de conductor.” Mariátegui sostiene allí que Obregón fue quien sirvió “a la afirmación de las reivindicaciones revolucionarias, y a la *estabilización del poder popular*” (Mariátegui, J. C. (1994 [1959]) pág. 432). Esta última virtud en Obregón, queda anotada por Mariátegui como dificultad y desafío para el socialismo nuestroamericano. También la distinción entre la conformación de una *concentración revolucionaria* y la forma clásica del *partido*, que sirve además para el gran debate político del siglo XX sobre la organización política en el marxismo.

²⁸Ob. Cit. Mariátegui, J. C. (1994 [1959]) pág. 433

conservadores- es el mismo que llevaba un escrito publicado meses antes por la misma revista *Amauta* y redactado por Eudocio Rabines. En particular, el artículo de Rabines compone un capítulo clave de nuestra problemática, ya que desde el marxismo-leninismo más ortodoxo realiza unas de las críticas más radicales a la Revolución. Aquí leemos un fragmento de su posición:

El proletariado se fusionó con las fuerzas de la burguesía y de las pequeñas burguesías insurrectas y marchó a la vanguardia en la lucha, a la retaguardia en las conquistas. A pesar de que muchos de sus episodios se hallan aureolados por el ensueño y el fraseario del socialismo utópico, este gran movimiento utópico, si bien puede ser clasificado como una Revolución Social, no tiene ni los caracteres específicos de una Revolución Socialista. El verdadero socialismo, socialismo científico, socialismo marxista-leninista, no tiene nada que ver con la utopía, ni con los anhelos sentimentales de la Ciudad-Futura y la Sociedad Mejor. Negación histórica del capitalismo, el hogar del socialismo fue la urbe, hogar proletario (...). El agro puede ser teñido o influenciado por el socialismo, pero no puede gestarlo ni construirlo.²⁹

Mariátegui acepta la consigna de que el proletariado en México marchó a la vanguardia en la lucha, pero a la retaguardia en las conquistas. Es decir, comparte no sólo el título del artículo sino su principal conclusión. Sin embargo nada de la extensa ensayística mariateguiana puede compararse con el burdo cientificismo que expresa Rabines, con su desprecio por el protagonismo que puede asumir el campesinado en la construcción del socialismo ni con su desprecio por la fuerza que la imaginación política pueda tener en un proceso revolucionario³⁰.

²⁹Rabines, E. "El termidor mexicano" *Amauta*, N° 23; págs. 77-81. Facsímil [1976]

³⁰Silvana Ferreyra sostiene la hipótesis, muy discutible, de que las modificaciones en la caracterización de Mariátegui sobre el proceso mexicano tienen una correspondencia bastante directa con los giros de la Internacional Comunista y consigna para su constatación una brevísima reseña sobre las estrategias de la Internacional en esos años: "En 1921 se imponían los frentes únicos, ligados a los períodos de avance contrarrevolucionario como el inaugurado tras la derrota de la revolución en Alemania. Los mismos implicaban una alianza entre las

En *Amauta* y por la misma época, posición similar iba a adoptar también, Esteban Pavletich otro escritor y militante que radiografía la vida del país azteca y declara allí, la caída del destino socialista. Pero es Mariátegui, pocos meses antes de su muerte, quien termina escribiendo estas duras líneas sobre la realidad mexicana:

México hizo concebir a apologistas apresurados y excesivos la esperanza tácita de que su revolución proporcionaría a la América Latina el patrón y el método de una revolución socialista, regida por factores esencialmente latino-americanos, con el máximo ahorro de teorización europeizante. Los

distintas tendencias políticas vinculada a las masas trabajadoras, sin perjudicar la independencia de las organizaciones respectivas. A partir del Quinto Congreso Mundial en 1924, y a raíz de la experiencia china, esta política se extendió en los países coloniales hacia la constitución de "frentes unidos antiimperialistas" que incluían a la burguesía y pequeña burguesía nacional. Al respecto, no existe un acuerdo completo sobre la fecha exacta del abandono de esta táctica y el consiguiente giro hacia la izquierda en la estrategia del Comintern. Algunos autores marcan 1927 como momento clave, a partir de la sangrienta derrota del Kuomintang en la Revolución China. Otros especialistas lo ubican en 1928, durante el VI Congreso, señalando como evidencia el tono de sus resoluciones: la caracterización de la situación mundial del capitalismo como de "estabilización precaria", la identificación de la socialdemocracia con uno de los peores enemigos de la clase obrera y la descripción de su ala izquierda como la fracción más perniciosa, limitándose el frente único a la colaboración con las bases." (Ferreya, S. (2011) "La interpretación de José Carlos Mariátegui sobre la Revolución Mexicana" Iberoamericana, Año XI, N° 43, pág. 41-59.). Más allá de la correspondencia entre algunos de estos hechos históricos y las posiciones de Mariátegui, y si bien la discusión es demasiado extensa para poder abordarla en este trabajo, es necesario consignar la gran discusión y tensión que mantuvo Mariátegui con la IC hasta el último de sus días, por lo cual no pueden ser atribuidas sus lecturas sobre la Revolución Mexicana, al posicionamiento del IC, sino a la profunda sensibilidad de Mariátegui para comprender la realidad latinoamericana. Aún más, un seguimiento más atento de las posiciones sostenidas por Mariátegui sobre el final de su vida, entre ellas la de mantener el nombre de "Socialista" para su Partido (contradiendo las "21 condiciones" que habían sido determinadas para poder ser miembro de la IC) y la presentación de las *Tesis Ideológicas. El problema de las razas en la América Latina* frente a la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana realizada en Buenos Aires en junio de 1929, cuyos planteos fueron rechazados por sus principales dirigentes como Codovilla y Rabinovich, no permiten sostener la idea de una obediencia mariáteguiana a las directivas del Bureau Sudamericano. Por el contrario, lo que se vislumbra es una fuerte tensión respecto a sus principales lineamientos. Alberto Filippi remarca que quien sí iba a seguir los lineamientos de la Internacional era Rabines, "normalizando" -después de la muerte de Mariátegui- al Partido Socialista, cambiándole su nombre por el de Partido Comunista, alineándolo a los objetivos del PCUS y a los intereses prioritarios de la URSS, y luchando contra el "grupo Amauta" para erradicar lo que pasó a objetarse como "mariáteguismo", por supuestas vacilaciones sobre la cuestión de la creación del Partido Comunista como el partido de clase del proletariado, las ilusiones sobre el papel revolucionario de la burguesía nacional peruana y la estimación de la cuestión nacional indígena, motivos que ya se traslucen en el texto citado del propio Rabines. (Filippi, A. (2011) *Los siete ensayos en su tiempo y en el nuestro: consideraciones historiográficas y políticas sobre el socialismo de Mariátegui y el de los otros*, Ministerio de Cultura, Lima.)

hechos se han encargado de dar al traste con esta esperanza tropical y mesiánica. Y ningún crítico circunspecto se arriesgaría hoy a suscribir la hipótesis de que los caudillos y planes de la Revolución Mexicana conduzcan al pueblo azteca al socialismo.³¹

En 1970, Luis Valcárcel cuando prologa *Temas de Nuestra América*, donde se compilan –entre otros- los escritos mariateguianos que se abocaron a la Revolución Mexicana, advierte que en éste, su último artículo, Mariátegui fue un poco amargo en su gesto, porque su muerte no le permitió examinar la prosecución de la extraordinaria experiencia que seguía siendo la Revolución Mexicana para América Latina. Igualmente lo advierte el propio Mariátegui, cuando en el mismo artículo nos dice que “ninguna de estas constataciones discute a la Revolución Mexicana su fondo social, ni disminuye su significación histórica”³². Pero a pesar del “desacierto” en sus pronósticos, es relevante, del último texto citado, el duro criterio político y epistemológico que antepone a *los apologistas apresurados y excesivos*. No es una reflexión determinada o distorsionada por la proximidad del final de su vida, es una problemática que acompañó a Mariátegui al menos desde que el Gobierno de Leguía lo obligó a irse del país en 1919 con una beca a Europa, donde viviría por cuatro años en Italia. Su principal libro, *Los Siete Ensayos...*, se abren con la misma advertencia política y epistemológica: “no hay salvación para Indoamérica sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales”³³. Pero no, porque este pensamiento sea un a-priori de cualquier posibilidad teórica y práctica que se despliegue en los más variados rincones del planeta, sino porque Europa más allá de la grave crisis que atravesaba y, por ella misma, había producido un pensamiento de una potencia crítica que no se podía desaprovechar, y en él, lo más avanzado del horizonte científico y cultural del momento: el marxismo. Y además porque para la revista *Amauta* la cultura europea y la latinoamericana jamás surgieron

³¹Ob. Cit. Mariátegui, J. C. (1994 [1959]) pág. 439.

³²Ob. Cit. Mariátegui, J. C. (1994 [1959]) pág. 438.

³³Ob. Cit. Mariátegui, J. C. (1994 [1928]) pág. 8.

como alternativas excluyentes en su propuesta política, filosófica y artística de emancipación.

Más allá de la especificidad de la deriva revolucionaria (que es imposible desplegar en tan pocas líneas), queríamos remarcar los desafíos que afronta una experiencia cultural, del temple militante como representaba *Amauta*, cuando se abordan las crecientes dificultades que atraviesa una revolución. Observar la persistencia del conflicto político en todo proceso revolucionario y al mismo tiempo sostener su fuerza colectiva como indeclinable, exige de una gran lucidez por parte de las clases populares. Mariátegui identifica esta lucidez con el nombre de "realismo proletario", afirmando que los grandes movimientos populares deben crear una expresión de heroísmo revolucionario –de lo que Sorel llamaría "lo sublime proletario", de lo que nosotros llamamos "mito propiciatorio"- sin omitir ninguno de los fracasos, de las desilusiones, de los desgarramientos espirituales sobre los que ese heroísmo prevalece, sin omitir un severo realismo sobre nosotros mismos, pues, "la revolución –para Mariátegui- no es una idílica apoteosis de ángeles del Renacimiento, sino la tremenda y dolorosa batalla de una clase por crear un orden nuevo"³⁴. Señala así, el director de una de las más potentes revistas de vanguardia que diera el siglo XX, que nuestro destino –aquél marcara para siempre la primer editorial de *Amauta*- no es otro que la lucha, que tuvo un capítulo tremendo y doloroso que abrió la patria azteca y se propagó no sin heroísmo ni tragedia por todo el continente.

³⁴Mariátegui, J. C. (1994 [1950]) pág.696.